



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 187 – 11 de noviembre de 2016

En este número

1. Lo que hay que hacer es tirar del carro, *Emilio Álvarez Frías*
2. ¿En qué se parecen Falange y Podemos?, *Manuel Llamas*
3. Churras y merinas, *Manuel Parra Celaya*
4. A vueltas con la Revolución de Asturias, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. Educación a la boloñesa, *Juan Manuel de Prada*
6. El ministerio de Defensa acoge una charla que justifica el 18 de julio, *Álvaro Hernán / Marcos Ponheiro*
7. Siete revueltas, *Antonio Burgos*
8. Jalogüín, *Jesús Laínz*

Lo que hay que hacer es tirar del carro

Emilio Álvarez Frías

No es de extrañar que el modesto pueblo español, el que no se considera capacitado para dirigir los destinos de un país, de una empresa, y a veces ni de una familia, estén tan confundidos ante lo que hacen los políticos, fundamentalmente los políticos de hoy día que carecen de muchas cosas, entre ellas la formación que se adquiere normalmente junto a una educación esmerada, proveniente del conocimiento natural de las gentes a través de la formación en la familia, la cultura que se halla en el hogar, la enseñanza en la escuela y con los años a través de las vivencias normales de cada día. No queremos decir ni que todo el mundo ha de ser bachiller y menos que todos los habitantes del país gocen de título académico. ¡No, por Dios, en absoluto! En el pueblo clásico, no manipulado y no adscrito a la masa, existe una cultura que a veces ya quisiera un universitario con título de doctor. Porque en esa cultura del hombre, fundamentalmente establecido en el campo, está toda la tradición de una familia, de la zona en la que habita, de los que le rodean. Y sus reflexiones son sensatas, no tira los pies por alto, se enoja lo justo, aunque quizá la injusticia le hace no perdonar un agravio, sabe cómo cuidar la naturaleza, es capaz de ser juez como los antiguamente «jueces de paz», o el todavía «Tribunal de las aguas» valenciano, considerado la más antigua institución de justicia de Europa, y que se reúne cada jueves en la Puerta de los Apóstoles de la Catedral de Valencia para dirimir sobre los conflictos que surjan entre los regantes de las acequias a él adscritas.



Viene a cuento nuestro aserto por el incomprensible, al menos para mí, comportamiento de los

políticos de que disfrutamos de negarse a llevar adelante, con las enmiendas que consideren oportunas, las medidas que tome el gobierno constituido, pues, lo lógico, es que todos tiren del carro, que para eso están, y no intenten imponer sus criterios por encima de lo conveniente para el desarrollo de la nación y el mejoramiento de los habitantes de la misma. No les pagamos para que quieran imponer sus ideas en cuanto a enseñanza, economía, moral, etc., sino para que, todos juntos hagan el trabajo que les compete que es, repetimos, tirar del carro bien agarrados a sus varas.

En esto, como en algunas otras cosas, nos dan lección los americanos del norte. Acabamos de asistir a la larga carrera para la presidencia, donde se dicen de todo, sacan a relucir la porquería que los contendientes acumulan, se insultan si viene al caso, es una guerra a muerte... pero en cuanto se termina el escrutinio y se proclama el ganador. A partir del minuto siguiente, se terminaron todas las malas palabras y acciones, y como buenos patriotas que se declaran ser, empiezan a trabajar juntos para continuar la vida del país de la mejor forma posible, colaborando los republicanos con los demócratas, o viceversa, aunque en el Parlamento o el Senado se las vean, incluso duramente. Pero en la intención de mantener a los EE.UU. como controlador del mundo, por encima de cualquier otro país, en todos los frentes que puedan existir. ¿Qué no todo es así de sencillo? Seguro. Pero que no pretenden destruir a su país como



sucede aquí porque a un insensato se le ocurre el mantra «no es no» y lo inculca a un grupo de seguidores que lleva pegados a su faldón con los sentidos obstruidos y sin dedicar unos minutos a pensar en su patria, como lo hacen los americanos, sean americanos descendientes de los primeros colonos, sean negros importados como animales en los siglos XVIII y XIX, sean chicanos de hace cincuenta años o de antaño. No soy un admirador de los americanos USA, pero algunas cosas las hacen mejor que por aquí. Aunque también cabe decir que el despegue del sentido patriótico es algo que se ha proliferado a partir de los años 70, cuando dicen que conseguimos la libertad y la democracia. Y empezamos con la ruptura de España poco a poco.

Ya que en esta oportunidad hacemos referencia al país USA, hemos pedido a Jane Fonda que nos trajera su botijo, lo que ha hecho, aunque, muy esquiva, no nos lo quiere prestar, por más que lo haya comprado en algún viajecito por La Mancha; o quizá porque haya hecho el sacrilegio de llenarlo con bourbon.

¿En qué se parecen Falange y Podemos?

Manuel Llamas

(Libre mercado)

Uno de los problemas más importantes que padece hoy la política española es que buena parte del debate público se queda en la superficie, en las absurdas y falaces soflamas que vierten unos y otros sin abordar mínimamente las cuestiones ideológicas de fondo. Un buen ejemplo de este tipo de práctica por parte de la extrema izquierda consiste en tachar de «facha» o «fascista» a todo aquel que piense de forma distinta, especialmente si defiende el capitalismo, el gran culpable de la «explotación» actual, según ellos.

Muchos de los que así actúan, sin embargo, desconocen por completo el origen y la naturaleza de tales términos, ignoran que el fascismo, el nazismo, el falangismo y el comunismo son primos hermanos, ya que, si bien presentan diferencias, comparten un tronco común: el socialismo. Unos y otros divergen en el carácter nacionalista o internacionalista de sus particulares proyectos, pero coinciden en lo esencial, que no es otra cosa que el control total de la vida y hacienda del individuo por parte del Estado para la consecución de un fin colectivo superior –el suyo–.

No deja de resultar curioso, por tanto, que quienes desentierran de nuevo la bandera del guerracivilismo para cargar contra «el régimen del 78», como es el caso de Podemos y sus socios, sean, precisamente, los que más puntos en común tienen con los «fascistas» que tanto dicen combatir. Si se deja a un lado el tema de la Iglesia, los inmigrantes y la idea de nación, fachas y podemitas coinciden en casi todos los puntos clave de sus respectivos programas. Y si no, vean...

La semana pasada, la revista *Papel* entrevistaba a Melisa D. Ruiz, «el amanecer rubio de la ultraderecha española», portavoz oficial del Hogar Social Ramiro Ledesma, una casa okupa que sólo ayuda a los necesitados de «sangre española» y cuyo nombre hace honor al fundador del movimiento nacionalsindicalista que, posteriormente, daría lugar a Falange.



Lo primero que llama la atención es que Melisa, cuyo modelo a seguir son los neonazis griegos de Amanecer Dorado, rechaza ser de derechas porque «la derecha es liberal» y ella se dice «profundamente socialista». «Yo soy socialpatriota», proclama. Melisa cree en la «justicia social» –aunque sólo para españoles–, y cuando se le pregunta por las diferencias entre su discurso y el de Pablo Iglesias contesta lo siguiente:

El problema de la izquierda española, a diferencia de la europea, es que es profundamente antiespañola. A Podemos le reconozco el mérito de intentar retomar el sentido de la patria, pero distamos en muchas cosas. Nosotros no creemos en lo de «refugees welcome».

Y poco más... Melisa, que además es vegana, antitaurina y antieuropeísta, inició su militancia en un sindicato estudiantil vinculado al partido neofascista Movimiento Social Republicano (MSR), única formación política a la que admite haber votado. Un breve vistazo al programa electoral del MSR da buena cuenta de qué pie cojea este partido:

- En una sociedad en que la corrupción atrofia los mecanismos supuestamente democráticos, el consumismo individualista nos hace olvidar el interés colectivo.
- Propugnamos (...) una política SOBERANA, revitalizando el concepto de comunidad nacional, que promueva la cooperación entre todos los pueblos, enfrentándose al imperialismo y al neocolonialismo que desgarran las relaciones internacionales y condena al Tercer Mundo a vivir y morir en la miseria.
- Una política SOCIALISTA, cuyas prioridades se establecen en la defensa de (...) todos los excluidos en la sociedad despersonalizada que nos envuelve.
- Una política DEMOCRÁTICA, que apuesta llevar a todos los ámbitos la participación ciudadana y social, progresando en el camino de construir una democracia participativa, donde los intereses de los poderes económicos o mediáticos se encuentren plenamente controlados por instituciones populares.
- Una política ECOLOGISTA, que entiende que la consecución del bienestar social va indisolublemente unida al concepto de vida natural.
- Los socialistas patriotas nos enfrentamos al nuevo siglo planteando la revitalización de las comunidades populares frente al capitalismo global. Es necesario plantear un gobierno de los pueblos para evitar otro gobierno de los tecnócratas al servicio de los intereses económicos.
- El trabajo sigue siendo objeto de explotación por parte de las oligarquías económicas, que intentan, legislatura tras legislatura, reducir los derechos sociales y laborales que les permitan aumentar sus tasas de explotación y el aumento de las plusvalías.

Es evidente que tal diagnóstico sería avalado, punto por punto, por cualquier podemita que se precie; pero es que, además, salvo contadas excepciones, las propuestas concretas del MSR son casi idénticas a las de Podemos: acabar con el despido libre y los convenios de empresa; reducir

la jornada laboral a 35 horas semanales; ilegalizar las empresas de trabajo temporal; fomentar la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas; establecer un «salario social»; crear una «banca sindical»; subir el salario mínimo a 1.000 euros al mes; apostar por la vivienda pública y penalizar los pisos desocupados; paralizar y revertir la privatización de empresas públicas; cerrar las centrales nucleares; transitar hacia las renovables; prohibir los alimentos transgénicos; mayor progresividad fiscal; defensa férrea de todos los servicios públicos; restringir la apertura de grandes superficies; desmercantilizar la cultura; reconocer el Estado palestino...

El manifiesto nacionalsindicalista de Ramiro Ledesma, *La conquista del Estado*, lo dejaba meridianamente claro allá por 1931:

- La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques.
- La economía industrial de los últimos cien años ha creado poderes e injusticias sociales frente a las que el Estado liberal se encuentra inerte. El nuevo Estado no puede abandonar su economía a los simples pactos y contrataciones que las fuerzas económicas libren entre sí.
- La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria, y en todo momento atendida a los altos fines del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción.
- (...) el nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario que hoy existe. Mediante la expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas, una vez que se nacionalicen, no deben ser repartidas, pues esto equivaldría a la vieja y funesta solución liberal, sino cedidas a los campesinos mismos, para que las cultiven por sí, bajo la intervención de las entidades municipales autónomas, y con tendencia a la explotación comunal o cooperativista.



Visto lo visto, no es de extrañar, por tanto, que dos fuerzas que, a priori, parecen tan distantes como el Frente Nacional de Marine Le Pen y el Podemos de Pablo Iglesias coincidan casi punto por punto en materia económica. Si analizan, mínimamente, las frases de uno y otro, verán que no hay diferencia en su ataque frontal a la austeridad, los males de la globalización y el libre mercado, las exigencias de Bruselas o el imperialismo norteamericano, entre otras materias.

Así pues, el gran punto en común en el que coinciden todos estos extremos, ya sean fascistas o comunistas, no es otro que su profundo odio al capitalismo y su abierto rechazo a la democracia representativa (o «liberal», «burguesa» y «oligárquica», tal y como les gusta adjetivarla).

El discurso pronunciado por el ministro falangista José Luis Arrese contra el capitalismo en el acto de apertura del III Congreso Sindical, a mediados de los 40, da buena cuenta de ello.

Pero también los mensajes electorales que ofrecía Falange en los inicios de la democracia, calcados al actual discurso podemita.

O, ya puestos, qué decir de la canción electoral que escogieron los fachas en 1977, cuyo comienzo lo dice todo: «No queremos empresarios ni esclavos bajo el patrón... Obreros y campesinos pronto se levantarán (...)».

Nazis y comunistas o falangistas y podemitas son dos caras de la misma moneda, que no es otra que el totalitarismo político y el anticapitalismo económico. ¿Entienden ahora por qué Ynestrillas se hizo de Podemos? Los extremos no sólo se tocan, sino que coinciden en lo esencial,

de ahí que el verdadero debate ideológico no sea izquierda y derecha o arriba y abajo, sino entre liberales y estatistas, mercado (nosotros) y política (ellos).

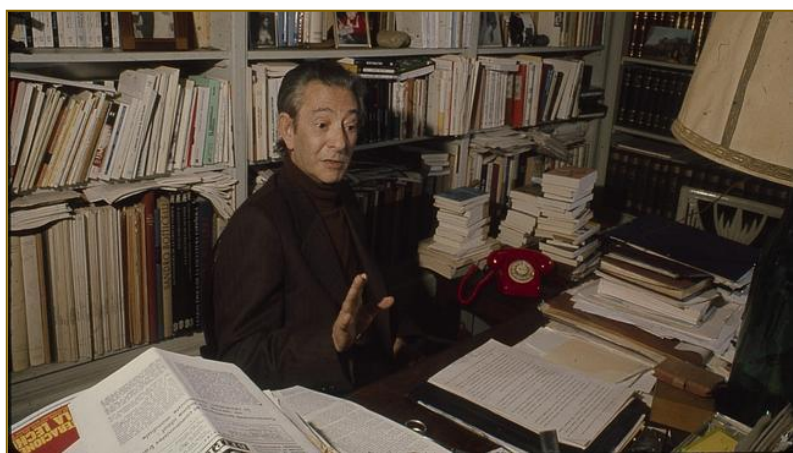
Churras y merinas

(Respuesta al acertijo de D. Manuel Llamas sobre *Podemos* y la Falange)

Manuel Parra Celaya

Un amigo tiene la deferencia de pasarme un artículo de D. Manuel Llamas (*Libertad de mercado*) y, nada más leer su título, me sobresalto: «¿En qué se parecen Falange y Podemos?». Me miro rápidamente en un espejo y la alarma desaparece: en nada. Constató que este tópico ya se ha venido repitiendo a lo largo de las últimas convocatorias electorales, por lo que tampoco veo la novedad por ninguna parte. Para jugar con las cartas boca arriba, confieso al lector que no estoy afiliado a ninguno de los partidos falangistas existentes, pero sí me declaro racional y fervoroso partidario de aquella *Falange hipotética*, que decía Dionisio Ridruejo.

Sigo leyendo el mencionado artículo y, de bote pronto, coincido con su autor cuando empieza sugiriendo que «buena parte del debate público se queda en la superficie»; efectivamente, estamos ante un espectáculo mediático en el que los protagonistas, actores secundarios y figurantes recitan un guion aprendido ante unos espectadores que aceptan la ficción porque, en buena medida, han sido privados de la reflexión crítica necesaria: raramente se va al fondo, es decir, a las ideas e intereses reales de cada propuesta.



Pero, tras esta coincidencia inicial, observo que el Sr. Llamas tampoco atina a profundizar en su discurso y se queda asimismo en esa superficie de las apariencias, los mitos, los espejos de feria y los juegos de linterna mágica. Así, cuando atribuye el parentesco de *primos hermanos* a, nada menos, *el fascismo, el nazismo, el falangismo y el comunismo*; quizás se le olvidó añadir otros *ismos*, clásicos o actuales, como cooperativismo, sindicalismo, comunitarismo,

republicanismo, etc., puestos a señalar. De entrada, ya dijo José Luis Rubio Cordón, hace bastantes años, que *el sindicalismo no es más que una forma de socialismo en sentido amplio*; como desconozco si el articulista conoce la referencia, solo matizaré que la palabra *socialismo* – como el propio término *democracia*– ha adquirido hoy un significado incierto; en ese sentido amplio o *genérico*, veremos que todas las ideologías que pretenden superar el sistema capitalista vigente podrían ser consideradas *socialistas*, pero eso no nos lleva a ninguna parte, porque, específicamente, las distancias entre las posturas son abismales, al igual que lo son sus fundamentos y sus alcances reales en la historia y en la sociedad.

Por el contrario, el Sr. Llamas busca un común denominador: «Control total de la vida y hacienda del individuo por parte del Estado para la consecución de un fin colectivo superior –el suyo–». Por lo que a mí respecta, como joseantoniano o partidario de esa *Falange hipotética*, empiezo por preferir el concepto de *persona* al de *individuo*, este último tan caro al liberalismo como doctrina –con el que discrepo– y no como *actitud* –con el que coincido plenamente–. A lo mejor, ese *personalismo*, tan distante de las teorías comunistas, nazis y fascistas, es el que las diferencia, de hoz y de coz, del falangismo genuino, que nunca ha preconizado ni el *control total* de vidas y

haciendas ni estatismo alguno. Las raíces cristianas y humanistas del pensamiento joseantoniano pueden advertirse en sus textos, a poco que los leamos y profundicemos en ellos.

En segundo lugar, el artículo que comento recae en una dialéctica falsa: las diferencias son, según dice, en cuanto a «*nacionalismo o internacionalismo*» de ese *socialismo* común-, por el contrario, es, por español, *universalista*; en realidad, el falangismo es una concreción histórica de una interpretación española del mundo, y reconoce que *España fue grande cuando se abrió y dio al mundo*.

En tercer lugar, la tesis defendida por el Sr. Llamas se resume en dos características de todos esos nefandos movimientos: *totalitarismo político* y *anticapitalismo económico*; sobre lo primero, recomendando la lectura de Ortega cuando opone *totalización* a *particularismos*, y propugna un Estado *de todos y para todos*, no en poder de un partido, una clase o una secta.



Véanse los escritos de madurez de José Antonio cuando -tras haber utilizado el polivalente término *totalitario*- afirma rotundamente que *lo totalitario no existe* y que el fascismo, como el anarquismo, *es falso*, porque no atinan a vislumbrar que el problema tiene una *solución religiosa*. En cuanto al *anticapitalismo*, José Antonio, que no acepta los *anti*, propone una sustitución de ese sistema económico, que presentaba y presenta crisis cíclicas y no resuelve la necesaria *armonización* en justicia del hombre con su entorno social, por un *sistema sindicalista*, que hoy nos

puede parecer una utopía pero quizás no en la perspectiva de su tiempo y circunstancias.

Otros muchos aspectos que gustaría matizar en esa necesaria *profundización*, pero excederían la cortesía obligada de un artículo de respuesta a otro. Por ejemplo, no conozco ni tengo referencias de la Sra. o Srta. Melisa D. Ruiz, pero me escama que, según el artículo, haya dicho que «*a Podemos le reconoce el mérito de intentar retomar el sentido de la patria*» (¿); anecdóticamente, tampoco coincido con ella por mi aprecio de los entrecots, mi respeto por los fieles de la tauromaquia y mi europeísmo, pues me siento ciudadano europeo y -parafraseando a José Antonio- *amo a Europa porque no me gusta*.

Por otra parte, no es lógico extrapolar las expresiones y propuestas políticas del tiempo en que fueron enunciadas al nuestro, en la línea de confusión de churras con merinas; lo digo por las citas de *La Conquista del Estado* (1931), los discursos de Arrese (años 40) y la propaganda electoral de Falange Auténtica (1977); de seguir ese criterio con todas las ideologías, tendríamos verdaderas sorpresas, algunas hilarantes.

Insistiendo, para terminar, en el fondo del asunto y no en lo superficial, considero que el falangismo que José Antonio esbozó en su tiempo, y que quedó truncado con su muerte, ya fue novedoso en su época, por contener, no solo una crítica de lo existente, sino una propuesta -enraizada en un riguroso pensamiento filosófico- de instaurar un *orden nuevo sustentado en lo espiritual*, en el que se conjugaban libertad y justicia social, en el que el Estado era un *instrumento* al servicio de los ciudadanos y de la tarea nacional, en el que la unidad española se enriquecía con la variedad, y en el que se intentaba superar las posturas enfrentadas entre los españoles mediante una síntesis de valores.

No creo, por todo ello, que existan parecidos ni coincidencias con *Podemos*; acaso solo que su crítica acerva tiene ciertos fundamentos reales en el sistema establecido. Pero nos separan esenciales aspectos filosóficos, políticos, económicos, éticos... y estéticos. Y, para aseverar esto último no hace falta que vuelva mirarme al espejo.

A vueltas con la Revolución de Asturias

José M^a García de Tuñón Aza

Es un tema tan manoseado, tan trasnochado que no apetece volver sobre él nunca más. Mejor olvidarlo y dejarlo para los historiadores, pero mientras haya gente que se empeñe en darle vueltas y más vueltas a un acontecimiento que fue fruto de la barbarie y que no tiene justificación de ninguna clase, habrá que seguir ocupándose de lo que otros, en vez de mantenerse callados, incluso estar avergonzados por lo que aquello supuso, sobre todo por los que perdieron la vida a manos de sus verdugos.

En el salón de actos del Museo Arqueológico de Asturias tuvo lugar la presentación del libro *Ruta de la Revolución de 1934 en Oviedo*, que prologa el actual alcalde de Oviedo el socialista Wenceslao López Martínez, y que comienza diciendo: «Una sociedad sin memoria es una sociedad descapitalizada y en gran medida desorientada. Necesitamos saber de dónde venimos para decidir con acierto y rigor hacia dónde queremos ir». Pero quien así se expresa es el mismo que desde su posición de alcalde celebraba lo que, según el concejal del PSOE Ricardo Fernández, no se trataba de «remover rescoldo alguno ni saciar la sed de venganza, sino romper con el pasado ominoso más reciente». Para ello, a pesar de no querer saciar sed de venganza, votaron (Somos, PSOE, IU, y Ciudadanos) que Franco y sus colaboradores del 36 se quedaran sin las distinciones que



la ciudad de Oviedo les había otorgado entre 1934 y 1968. Se abstuvieron los del PP, los que tuvieron tiempo más que suficiente, y no lo hicieron, de haber derogado la Ley de la Memoria Histórica que nos trajo el inculto e inefable Rodríguez Zapatero. Pero es que además estos del PP que han tachado de «peregrullada» lo que votaron el resto de compañeros de corporación, olvidan que en la anterior legislatura, con mayoría absoluta, además mintiendo

porque dijeron que lo hacían para su limpieza, hicieron desaparecer de una calle de Oviedo la estatua del Tte. coronel Teijeiro, el militar que el 17 de octubre de 1936 rompió el cerco de Oviedo tomando contacto con los defensores de esta ciudad en la que apenas quedaba agua y alimentos después de tres meses de haber estado incomunicados.

Lo más sorprendente de todo es que los que habían dicho que sin «sed de venganza» desposeían de los honores y distinciones a Franco y sus colaboradores, figure Federico García Sanchiz, que no era militar ni lo había sido nunca sino un miembro de Real Academia de la Lengua, así como de la de Artes de Valencia y doctor Honoris causa por la Universidad de Santo Tomás de Manila. García Sanchiz el 14 de octubre de 1937 el Ayuntamiento de Oviedo lo reconoció como hijo adoptivo. No contentos con haber quemado la Biblioteca de la Universidad de Oviedo y la de los PP. dominicos, ahora desposeían de ese título –sin que haya habido una sola voz de protesta por parte de la Real Academia de la Lengua–, a este gran escritor posiblemente porque un día dijo: «Oviedo que tiene sus calles desechas, que tiene sus templos machacados por la carcoma de la metralla y que ya se ha acostumbrado a vivir en su insensibilidad a todo...». Esperemos que por otras tierras de España no hagan lo mismo con Pérez de Ayala, que

era de Oviedo, con, Gregorio Marañón, con Ortega y Gasset, incluso con el mismo Miguel de Unamuno, y tantos otros; pero no se atreverán.

En cuanto a ese obsesivo afán de modificar la historia cuando presentaron aquel libro, sólo un periodista, Esteban Greciet, se atrevió a publicar un artículo que, entre otras cosas decía: «Dígame lo que se quiera, la Revolución constituyó un error gravísimo para todos, izquierda y derecha. Dejó heridas muy profundas y constituyó un germen seguro de la guerra civil, con más destrucción y muerte en toda España y en nuestra ciudad, con un cerco y un asedio que torturaron quince meses a los ovetenses, aún no repuestos de los nefastos días de octubre... Presentar ahora la revolución de octubre contra el gobierno republicano, origen de lo que pasó después, como una gesta positiva y rehacer su historia y consecuencia a gusto y conveniencia de unos intereses ideológicos».

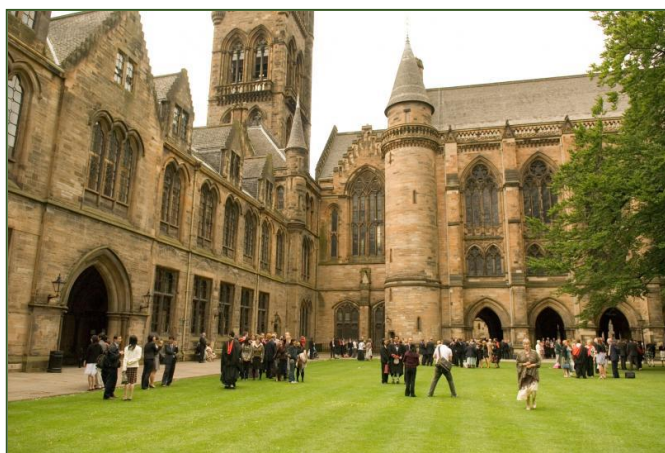
Pero esos intereses ideológicos los han querido llevar solamente a Oviedo, la ciudad que más padeció en aquel octubre de 1934, sino que otras localidades de Asturias también se unen a celebrarlo. «La clase obrera avilesina secunda el parón y se echa a la calle», dice un periódico que ilustra el reportaje con la misma fotografía que ilustre éste donde se puede ver a unos hombres con el uniforme de la Guardia Civil apuntando con sus metralletas a otros que se prestan a esta escena que yo encuentro fuera de lugar. Pero allá ellos si piensan que con estas cosas ganan lo que primero perdieron, y que ya no tiene marcha atrás.

Educación a la boloñesa

Juan Manuel de Prada

(XLSemanal)

Entre los instrumentos de colonización que el mundialismo ha dispuesto, para convertir a los pueblos en una papilla informe y genuflexa, desempeña un papel medular y eficacísimo el control de la educación; pues, como afirmaba Leibniz, «el dueño de la educación es el dueño del mundo». Y para mejor llevar a cabo los planes del mundialismo se inventó el llamado Plan Bolonia, cuya implantación ha arrasado con los últimos vestigios del saber académico, convirtiendo la universidad en una suerte de negociado mercantil. Todo ello (¡faltaría más!) rebozadito de tópicos melosos que nos hablan de poner la universidad «al servicio de la sociedad» y parecidas zarandajas; cuando de lo que se trata es de ponerla al servicio del Dinero.



Pero el Plan Bolonia no habría podido ejecutarse tan ricamente si no hubiese llovido sobre un terreno propicio. Carlos Fernández Liria lo señala en su excelente obra *¿Para qué servimos los filósofos?* (Libros de la Catarata), que a la vez que nos expone de una forma atractiva algunos de los problemas más abstrusos de la filosofía lanza una noble y convincente diatriba contra la depauperación del saber académico. Fernández Liria acusa sin ambages a esos pedagogos que, durante décadas, se han dedicado a dinamitar la enseñanza primaria y secundaria, introduciendo en ella

«motivaciones lúdicas, psicológicas y heterónomas para el conocimiento»; o sea, «métodos de aprendizaje» que han terminado matando el anhelo de saber, que es la más noble aspiración humana, según nos enseñase Aristóteles. Así, el atractivo del conocimiento en sí mismo ha sido

poco a poco aplastado por un batiburrillo de saberes instrumentales que aparentemente se ofrecen para brindar mejores «salidas» a los estudiantes; pero que, por supuesto, están diseñados por los «dueños del mundo» para la consecución de sus fines de dominio social. Así, las disciplinas que fueron concebidas para saciar (o siquiera nutrir) aquel aristotélico anhelo de saber se han convertido en –citamos a Fernández Liria– «técnicas especializadas para reparar desperfectos».

Tras el estropicio de la enseñanza primaria y secundaria había que destruir también la enseñanza superior. Fernández Liria afirma sin ambages que se trataba de convertirla «en una suerte de formación profesional». El Plan Bolonia ha significado el desmantelamiento completo de los estudios universitarios, una suerte de «reconversión» impuesta con criterios exclusivamente mercantiles que, con el caramelito de poner el conocimiento al servicio de la sociedad, ha arruinado por completo las disciplinas clásicas e impuesto en las facultades criterios propios del marketing empresarial. Todo ello, naturalmente, engalanado de «flexibilidad», «optatividad», «multidisciplinaridad» y demás engañabobos que han favorecido la conversión de la universidad en una suerte de oficina expendedora de cursillos paparruchescos y carísimos (los celeberrimos «másteres»). Así hasta sustituir los títulos académicos, una reliquia del pasado, por una suerte de «tarjeta de puntos» que el estudiante completa libremente, como quien entra en una tienda de chuches y va llenando la bolsa con cursillos misceláneos y chorradas varias que lo hacen creerse el rey del mambo; y que, en realidad, lo convierten en el paria que el mundialismo anhela: un tipo que sale de la universidad tan ignaro como entró en ella y acude en pelotas al mercado laboral, donde tendrá que arreglárselas en solitario, ofreciendo sus destrezas al peor postor y sabiendo que nunca habrá un convenio colectivo que lo proteja. Porque, a la vez que favorece la desintegración de las disciplinas, Bolonia favorece también la desaparición de las profesiones; a la vez que priva al estudiante del abrigo de la sabiduría, lo empuja a la intemperie de la falta de garantías laborales.

Y no sólo al estudiante. Pues, como señala Fernández Liria, al sustituir los títulos académicos por una desquiciada e invertebrada «formación continua», se precariza el trabajo del profesor, al que se remunera más miserablemente y transforma en un «especialista» en áreas cada vez más restringidas o, por el contrario, en un flexible zascandil que, teniendo algún conocimiento somero de distintas disciplinas, sirva lo mismo para un roto que para un descosido, según las preferencias del mercado.

A la postre, Bolonia ha sido el modo de entregar la universidad al vandalismo del Dinero, que así dispondrá de renovadas remesas de aplicados ejecutores de sus designios, a los que ni siquiera inquietará aquel anhelo de saber del que nos hablaba Aristóteles, otra reliquia del pasado.

El Ministerio de Defensa acoge una charla que justifica el 18 de julio

Álvaro Hernán

El norteamericano Stanley Payne ha tenido que venir al CESEDEN a contar lo que escribe en su reciente libro *El camino hacia el 18 de julio*, publicado por Planeta Ediciones, para que los españoles nos enteremos de los orígenes de este hecho de la historia de España y de cómo discurrió la II República. No lo vamos a criticar. Entre otras razones porque aunque no haya tenido gran difusión la conferencia en cuestión, los revoltosos de Podemos y adláteres no se han atrevido a enfrentarse con el CESEDEN y lo han ignorado. Consecuentemente, contando con este respaldo de que el 18 de julio fue necesario, asegurado por un «no fascista», a partir de ahora será posible, suponemos, ir enderezando la historia de nuestra patria hacia sus justos términos, borrando de la misma las interpretaciones sesgadas y manipuladas; y será posible hablar públicamente del General Franco sin temor a recibir una paliza de los demócratas de toda la vida, se derogará la ley de memoria histórica y con cargo a los desalmados se

podrán ir reponiendo monumentos, estatuas, vidrieras, escudos en fachadas y rótulos en calles, entre otras acciones vandálicas llevadas a cabo por los defensores de la democracia, la libertad y la memoria.

Marcos Pinheiro

(eldiario.es)

El Ministerio de Defensa ha acogido este martes una conferencia sobre el golpe de Estado del 18 de julio que ha señalado a la II República como culpable. Los temores de colectivos como la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica se han confirmado, y la charla del hispanista Stanley Payne ha tenido como tesis central que fueron los representantes del régimen democrático, y no quienes se alzaron en armas, los responsables de que estallase la Guerra Civil en 1936.



Payne ha pronunciado su conferencia *El camino hacia el 18 de julio* en el paraninfo del Centro de Estudios para la Defensa Nacional (CESEDEN), un organismo del Ministerio de Defensa, a rebosar ante la presencia del polémico historiador. Entre los asistentes, el director general de la Policía, Ignacio Cosidó, el exdiputado del PP Agustín Conde, el periodista Hermann Tertsch y numerosos militares, entre los que se encontraban altos mandos vestidos de uniforme. Se esperaba la presencia del director

del CESEDEN, Alfonso de la Rosa, ya que era el Centro el que organizaba el acto. Finalmente no ha acudido por «motivos de agenda». Se ha prohibido hacer fotos y durante la conferencia un militar ha requisado el ordenador a *eldiario.es* hasta su finalización.

Durante su charla, Stanley Payne ha hecho una exposición de los hechos que, en su opinión, condujeron al golpe militar del 18 de julio y al consiguiente estallido de la Guerra Civil, de la que ha responsabilizado al Gobierno de izquierdas de la época por su «destrucción» de la democracia. Además, ha asegurado que los golpistas intentaron dialogar con el Ejecutivo, en concreto con personas afines al presidente de la República, Manuel Azaña, sin éxito, porque el Gobierno «deseaba» el alzamiento militar.

Entre las numerosas razones que ha apuntado como causas del golpe de Estado, Payne ha hecho especial hincapié en el «fraude democrático» de los últimos años de la II República. Esta es una idea que el hispanista norteamericano ha defendido en artículos y entrevistas, donde ha asegurado que el golpe fue más una respuesta a «la ausencia» de democracia, que a su «exceso», aunque su desenlace fuese una dictadura de cuatro décadas.

La culpa, de los partidos de izquierda

Así, el historiador ha acusado a los partidos de izquierdas de manipular los resultados de las elecciones de febrero de 1936 para decantarlos del lado del bloque de izquierdas –ganó el Frente Popular por un estrecho margen–, de arrinconar en las Cortes a los diputados de derechas y de ilegalizar organizaciones de extrema derecha entre las que ha citado a Falange, que Franco convertiría luego en uno de los pilares de su régimen.

Además de manipular las elecciones, las «más violentas» y con «mayor fraude» de la historia de la democracia, Payne ha dibujado un escenario de caos, del que ha establecido algunos paralelismos con el régimen nazi, y que desembocó en el secuestro y asesinato de José Calvo Sotelo en julio de 1936, ha relatado.

Entre las distintas causas de ese escenario «caótico», el historiador ha acusado al Gobierno de izquierdas de politizar la justicia, de llenar la policía de individuos afines «al estilo de las SS» en

la Alemania de Hitler, de cerrar colegios católicos provocando una crisis educativa y de extender la censura limitando los derechos de expresión y de reunión, además de provocar «un declive económico que no ha sido estudiado».

Era una situación «prerrevolucionaria», según Payne, que buscaba «crear las condiciones para imponer un monopolio de la izquierda» en España, que quería dominar el país por completo. El golpe de Estado fue en consecuencia una contrarrevolución, una respuesta al clima generado por los partidos de izquierdas. «Quien no quiera la contrarrevolución, que no empiece la revolución», ha exclamado el hispanista.

Franco, «prudente y profesional»

Payton ha elogiado la extraordinaria paciencia del Ejército y del propio Franco, un militar «muy prudente y profesional» que rechazó el alzamiento militar y la intervención de las Fuerzas Armadas en la política hasta que entendió que se había producido un «colapso del Estado». Por esa razón no estuvo desde el principio al frente de la conspiración golpista, a cuya cabeza estuvo el general Emilio Mola.



Este, ha dicho Payne, intentó dialogar con el Gobierno, en concreto con personas cercanas a Azaña, para que cambiasen de política y evitar así el pronunciamiento militar. No lo consiguió, ha dicho, porque el propio Gobierno «deseaba» ese golpe para librarse de los elementos subversivos del Ejército.

Ya en el turno de preguntas –en el que algunos participantes han destacado las virtudes de Franco– Payne se ha referido a la Ley de Memoria Histórica, un «invento» que «no existe». En su opinión, se trata de «un movimiento político arqueológico» que ha definido como «semisoviético».

En este sentido, ha lamentado que el relato dominante en la opinión pública sea que el golpe de Estado de 1936 acabó con un Gobierno democrático, en lugar de ser una respuesta a la falta de democracia. Es fruto, ha opinado, de la intoxicación de la «izquierda partidista y sectaria», que vio como esa insurrección militar acabó con su deseo de «dominar España».

Payne, nacido en EEUU en 1934, es miembro de la Real Academia Española de la Historia y colaborador habitual de los diarios *ABC* y *El Mundo*. Es autor de numerosos libros sobre la Segunda República y la Guerra Civil. En la universidad de Columbia, escribió su tesis doctoral sobre la Falange, que años después convirtió en un libro reconocido internacionalmente y que se publicó por primera vez en la editorial Ruedo Ibérico en París en 1965. Ruedo Ibérico era la editorial en la que se publicaban muchos libros sobre ese periodo histórico que no podían pasar la censura del franquismo.

Ya en la democracia, Payne giró hacia posiciones extremistas y apoyó en público la labor de investigadores como Pío Moa, que elogiaban el franquismo y acusaban a la izquierda de ser la responsable del golpe de Estado del 18 de julio y de la Guerra Civil.

Siete Revueltas

Antonio Burgos

No creo que haya una calle cuyo nombre defina mejor que la sociología colectiva, el carácter de la mayoría de sus vecinos y hasta la guasa de la complicada Sevilla. Siete me parecen

pocas. Sevilla tiene muchas más de siete revueltas: siete mil, en su mala baba, en la dificultad de comprenderla, de la que hace gala, en su falsedad, en su carácter tornadizo, cobardón y voluble, de modo que solemos representarla con una veleta, la Giralda, que se orienta divinamente según los vientos que vayan soplando y conforme vaya haciendo falta. Veleta que han convertido en



estatuilla que entregarse suele como trofeo: el Giraldillo. Que a un sevillano le den un giraldillo es como si le entregaran un espejo: para que vea lo tornadizo y voluble que es.

En estas siete revueltas de la calle, en la desagradecida «pobre ciudad, pobre ciudad» de la Piedra Llorosa del alcalde García de Vinuesa, le dieron la otra noche un homenaje a un antiguo servidor público, que le dio piso a media Sevilla tras la riada del Tamarguillo de 1961 y al que han despojado

de todo pasado honor los que anteponen a la Verdad Histórica la que llamar suelen Memoria, que habitualmente es una resentida manipulación de la mitad de la mitad de lo ocurrido en nuestra Patria. Hablo de don José Utrera Molina, fiel siempre a sus ideas, coherente con su lema falangista de «vale quien sirve», quien «Sin cambiar de bandera» (como se titula su libro de memorias) despreció los cargos que le ofrecieron en la UCD cuando la Transición. De haber sido lo que nunca fue, un chaquetero, Utrera no recibiría ahora los agravios de quienes quieren borrar la historia y no reconocer su labor en Sevilla, de la que fue gobernador de 1962 a 1969. Lo que hace que me hierva el agua del radiador con los ataques y falsas acusaciones a Pepe Utrera, al que ponen poco menos de genocida, es que los cometen precisamente los hijos y nietos de los que pasaron desde los corrales de vecinos en ruinas y desde los refugios municipales de la Cochera de los Tranvías o del Matadero a un piso propio en el Polígono de San Pablo, que aquel gobernador falangista creó enterito, como tantas otras barriadas. Doy un dato: de una población de 500.000 personas, la riada del Tamarguillo dejó sin hogar a 125.000 sevillanos. A todos ellos les dio piso Utrera Molina. Por lo visto, según algunos, hacer eso es un genocidio. Utrera Molina, él solito, entregó más pisos en Sevilla que la Junta en cuarenta años de Régimen Sociata Andaluz: a ver dónde están esas barriadas obreras del partido que presume de tal.

(En punto a ingratitudes de Sevilla, un inciso: se habló el otro día de la primera desaparición del Vacie, en el chabolismo de la ciudad de Villalatas, del Manchón, Las Erillas, Haza del Huesero. Parecía que El Vacie había desaparecido solo. Nadie recordó que fue gracias al gobernador anterior a Utrera, al monárquico don Hermenegildo Altozano Moraleda, del Opus Dei (sí, ¿passssa algo?), que tuvo el valor de llevar a Franco a aquel Tercer Mundo sevillano de las chabolas del Vacie. Donde, comido de moscas, el dictador, oxeándolas con un pañuelo y con su vocecita de autoridad, dijo: «Moraleda, que quiten esto cuanto antes y hagan pisos a esta gente». Pero al monárquico Altozano se le ignora; como al falangista Utrera, que lo sucedió en el Gobierno Civil, se le calumnia e injuria.)



Nada de estas cosas, sin punto alguno de resentimiento, dijo Utrera Molina en su agradecimiento por el homenaje que le tributaban en La Revuelta. Utrera, que es un gran sonetista, un prosista digno de que Mainer lo hubiera estudiado en *Falange y Literatura*, dio un emocionado discurso en el que tuvo en los labios una sola palabra: «Sevilla». La Sevilla a la que sirvió y en la que fue feliz. La que nunca está ausente ni de su corazón de patriota español ni en su boca de poeta falangista, esa literatura joseantoniana tan cercana a Ortega y Gasset. Como Romero Murube,

como Rafael de León, Utrera Molina siempre tiene a «Sevilla en los labios». Y eso en la ciudad de las complicadas siete revueltas nunca se reconoce. Ni se perdona.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Jalogüín

Jesús Laínz

(El Mundo)

Calabazas de Halloween acechan entre las verduras. ¡El Imperio ha llegado a la frutería!

Es una constante histórica que a las potencias políticas en sus épocas de grandeza les salgan imitadores. Además del caso más evidente, Roma, si España exportó su lengua, cultura y modas en el siglo XVI, Francia e Inglaterra recogieron el testigo en siglos posteriores. Pero lo que exporta la primera potencia de nuestros días no es precisamente lo elevado: la comida basura, las acrobacias de Michael Jackson y la idiotez de Halloween. Interesante síntoma.

Todas las calabazas son idénticas, perfectas, esféricas, del mismo tamaño y color. Parecen de plástico pero son de verdad. Lo artificial es el aparatoso envoltorio negro, lleno de brujas y espectros, más propio de un juguete que de una hortaliza. Al fin y al cabo se supone que no es para comer, sino para jugar.

Y que nadie eche la culpa a los yanquis: nunca ha existido nada parecido a una Halloween Exportation Agency. Si se ha imitado la cosa en otros países es porque les ha dado la gana. Si el vacío espiritual de Europa se llena con cualquier tontería llegada de la otra orilla del Atlántico o de cualquier otro lugar, no es culpa de los norteamericanos.

Lo más divertido es que estas calabazas tan monas, tan perfectas, tan clónicas que daría grima comérselas, llegadas desde la metrópoli hasta los supermercados más alejados del Imperio, nacieron en Los Alcázares, Murcia, Spain.



Del mismo modo que la Semana Santa no tardará en ser confundida con las fiestas de moros y cristianos, la tomatina de Buñol o la defenestración de la cabra de no sé donde –para lamentar lo cual no hace falta ni siquiera ser creyente–, las iglesias no tardarán en ser nada más que testigos mudos de un culto extinguido, como los templos paganos y las pirámides. Ya hoy casi sólo cumplen la función de museos para masas ajenas e irrespetuosas con el culto que allí sigue celebrándose marginalmente. Y es la propia Iglesia la que se esfuerza en vulgarizar,

en profanar el carácter sacro de sus edificios, rebajando sus ceremonias en persecución de un contraproducente populismo mediante decoraciones degradantes y musiquillas tontas que a veces incluso sirven de soporte para letras disolventes. Por ejemplo, el Imagine de John Lennon durante la consagración. Debe de ser que los curas no saben inglés.

Y en cuanto a la fiesta ésta de las calabazas, no sólo ha barrido con la costumbre bisecular de representar el Tenorio de Zorrilla (¿Tenorio? ¿Zorrilla? No me suenan. ¿En qué equipo juegan?), sino que incluso ha conseguido que mientras los que peinan canas van al cementerio a depositar unas flores y dedicar una oración a sus seres queridos, la juventud más preparada de la historia de España se va de fiesta disfrazada de zombi.

Si en la tradición grecolatina los muertos representaban una presencia benefactora que, generalmente a través de los sueños, aconsejaban y acompañaban a los vivos, los románticos anglosajones consiguieron hacer de ellos unas criaturas espeluznantes; y del Más allá, el reino de la oscuridad. Hasta los niños de corta edad han aprendido que eso de la muerte del cuerpo y la inmortalidad del alma consiste en un pasatiempo dedicado a asustar, perseguir, matar y comerse a la gente. De ello se han encargado hasta los colegios de monjas, donde se anima a la chavalería a celebrar el día de Todos los Santos bailando Thriller.

Esto se cae. Y no por la economía

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.